

## LOS RETOS EN EDUCACIÓN

Jorge Cela S.J.

Viví treinta años en los barrios más pobres de la ciudad de Santo Domingo: Guachupita, Guandules, La Ciénaga. Allí conocí a Don Ramón en 1973. Ya tenía más de sesenta años. Murió en la década siguiente. Nunca fue a la escuela. Aprendió a leer y escribir por interés propio. Y se convirtió en un asiduo lector. Solía venir a consultarme qué libro escoger de la biblioteca y aprovechaba para comentarme el último leído. Era un gran admirador del Padre Ernesto Cardenal desde que leyó su Evangelio en Solentiname. Me pregunto cuántos Don Ramón podemos seguir perdiendo en nuestros países en esta llamada sociedad del conocimiento.

Allá también conocí a Félix. Un joven de apenas diecisiete años. Recuerdo el día de su entierro. Baleado en un encuentro entre bandas de narcotráfico. Lo conocí cuando aún estudiaba la básica y asistía al catecismo. En el barrio no había escuela de educación media. A los catorce comenzó a vagar todo el día por las calles del barrio. A los quince ya estaba en una banda. Tan alegre y servicial como siempre. Me pregunto cuántos jóvenes como él estamos dispuestos a perder.

Adela es una muchacha atractiva de dieciséis años. Está terminando bachillerato. Sueña estudiar medicina. La vi llenar un formulario. Me sorprendió la lentitud de su lectura. La dificultad para escribir las pocas palabras que necesitaba. La abundancia de faltas de ortografía. Nunca se ha sentado frente a una computadora. Me pregunto si nuestros países pueden seguir derrochando dinero en una educación que produce esos resultados.

“En Corea del Sur, un país cuya economía ha realizado un asombroso avance en las últimas décadas, Roh, hijo de un obrero de la construcción, terminó su cuarto grado de primaria en una escuela pública. Su aprovechamiento en matemáticas y lenguaje está dentro del promedio nacional; sin embargo, su rendimiento escolar en esas áreas está por encima de los niños estadounidenses y canadienses.”<sup>1</sup>

Los llamados “tigres asiáticos” del siglo XX no pusieron mucho énfasis en políticas sociales dirigidas a erradicar las inequidades. Pero su insistencia en la educación anticiparon por mucho tiempo la afirmación de PREAL: “La educación puede ser el mecanismo más importante para reducir las desigualdades en el ingreso”<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> “De acuerdo con las mediciones internacionales, Corea, Singapur y Japón tienen, en la actualidad, mejores resultados en sus escuelas primarias que Estados Unidos y Canadá” Ramón Pérez Minaya, Los Estados Fallidos, 1.

<sup>2</sup>PREAL, *El Futuro está en Juego*, Pág. 8.

La educación es un bien público. Algo que nos pertenece a todos por derecho. Los derechos no hay que ganárselos. Los tenemos de entrada. Por eso se convierten en deberes. El derecho a la vida viene con el deber de respetar la vida. El derecho a la educación viene con el deber de ponerla al servicio de la sociedad.

La educación es parte del derecho a vivir en el mundo moderno. Por eso no vale cualquier educación, sino una educación que nos prepare para la vida en un mundo cambiante,

Quizá la característica más evidente del mundo moderno es el cambio rápido, constante y radical. Su velocidad y profundidad se aceleran exponencialmente. En el último siglo hemos avanzado más tecnológicamente que en todo el resto de la historia de la humanidad. Pensemos lo que hemos avanzado en el mundo de la tecnología de la comunicación, de la medicina, de la robotización,...Casi cada día tenemos que aprender a manejar un instrumento nuevo en el trabajo o en el hogar, tenemos nuevos programas que asimilar, se nos transforman las maneras de hacer las cosas cotidianas como hacer una llamada desde un teléfono público, manejar la multitud de recursos de un teléfono celular, o encontrar la opción adecuada de café en una máquina expendedora.

Nos hemos habituado a estar en estado de aprendizaje. Pero la gran mayoría de la humanidad se encuentra perdida y abrumada ante la multitud de opciones continuamente cambiantes. La época en que la educación tenía un día final de graduación hace tiempo murió. Ya no hay título que abarque todo el saber de un área y a los pocos minutos de alcanzarlo ya está desactualizado. Necesitamos aprender a lo largo y ancho de nuestra vida. Debemos crear accesos constantes y múltiples a los aprendizajes que nos permiten llevar el ritmo del cambio tecnológico e introducir la mejora permanente de nuestra calidad de vida.

El mundo moderno se ha organizado de tal manera alrededor de esta continua innovación que incluso a veces parece que hemos perdido el fin para el que la hacemos. La novedad ha dejado de ser para la calidad de la vida y ha comenzado a deteriorarnos por el stress, el daño ecológico, el ritmo violento, atacando incluso nuestra propia salud. La mayoría de las enfermedades actuales son consecuencias de nuestro estilo de vida o de los efectos secundarios de medicinas que consumimos.

En este mundo cada vez más complejo se hace necesario pensar la calidad de la educación desde la perspectiva de la calidad total: no sólo los resultados, sino también los procesos y los contextos. Todos nosotros hemos aprendido la mayoría de nuestros conocimientos fuera del contexto escolar. Todos los estudios nos señalan que el contexto influye más en la educación que lo que sucede en el aula: la nutrición, las experiencias vividas, las oportunidades de aprendizaje en el contexto escolar (libros, computadoras), el nivel

educativo de los padres y madres, la estabilidad afectiva del hogar y el contexto ambiental, el contacto con tecnologías o estímulos para el aprendizaje.

En Fe y Alegría hemos aprendido que no sólo tenemos que estar atentos a los procesos de enseñanza aprendizaje. El proceso de gestión escolar, que crea el ambiente de entusiasmo y profesionalidad en los docentes; que efficientiza el uso de los recursos; que nos organiza en horarios, planes de trabajo, resultados; que crea las relaciones adecuadas para el aprendizaje y el desarrollo de la persona y su autoestima.

Pero también hemos aprendido la importancia de las relaciones con la comunidad para que la escuela no sea un paréntesis en la vida; para que nos ayude a integrar y enriquecer nuestras identidades, para que responda a las necesidades de la comunidad y de la sociedad; para que nos enseñe a participar positivamente en nuestro contexto social, desarrolle nuestra responsabilidad social y ciudadana, fomente los valores democráticos. Hemos aprendido la necesidad de relacionarnos con las empresas para formar para el trabajo. De conocer las familias, las culturas, la problemática circundante (como son las pandillas juveniles o el submundo de las drogas) para poder acertar en nuestro trabajo.

Una mirada a lo sucedido en el mundo en el último siglo nos indica la importancia de la educación para el salto hacia el progreso material en sociedades como Corea del Sur, China continental o Irlanda. Todas ellas, sin excepción, han tenido una escuela pública de calidad.

Porque en el mundo de la innovación tecnológica no basta que las élites adquieran una educación de calidad. Hay que generalizar esta educación para producir sociedades con nuevas capacidades.

Hace falta preparar con las competencias adecuadas para insertar en el mundo de la producción. Que son capacidades técnicas y también humanas: organización sentido de la planificación, de la eficacia, capacidad de trabajo en equipo, honradez,...

Pero también hacen falta las habilidades para participar en la vida política moderna: conciencia ciudadana que ayude a pasar del mundo de los “favores y lealtades” al de los derechos y deberes. Que inserte los valores comunitarios, la identidad étnica y local, la conciencia de sujeto social en el marco de una sociedad moderna compleja y plural. Que tenga la capacidad de análisis y negociación y una identidad colectiva fuerte que le permitan participar activamente en la vida social organizada, insertando su red de solidaridad en el tejido más amplio.

Y que también cultive los valores personales, que desarrollen la autoestima, la creatividad cultural, las habilidades para solución pacífica de conflictos, los valores fundamentales para

la vida familiar y social. El sentido de trascendencia más allá de sus intereses inmediatos individuales.

Esta es una de las grandes deficiencias de nuestra educación. La masificación y deterioro del rol de docente, con las implicaciones salariales que conlleva, nos han conducido a una escuela que ha renunciado a educar en valores y se limita a la mera transmisión de conocimientos. En un mundo donde los procesos de cambio han producido una crisis en los valores compartidos, que se manifiesta en rupturas generacionales. En el que otros actores han entrado en la formación de niños y jóvenes a través de canales no controlados como son los medios de comunicación social, incluido el internet, con la exaltación de figuras, comportamientos, valores marcados por el interés mercantil y no educativo. La violencia, el sexo, las drogas, han invadido el mundo del adolescente a través del espectáculo sin que tenga los criterios de juicio para su asimilación.

Este debilitamiento no se da sólo en la escuela, sino también en otros actores educativos tradicionales como la familia o las iglesias, que han perdido impacto en su capacidad de incidir en la formación de la juventud.

No estamos ante una situación inmanejable. Estas crisis, como lo han demostrado sociedades y comunidades locales, pueden ser oportunidades de crecimiento. Pero requieren una acción decidida y de conjunto. Esto significa voluntad política para enfrentar la situación sin otros intereses (políticos, económicos, clientelares) que debilitan la acción y dificultan el consenso. Significa también inversión de recursos económicos y humanos. Y para que sean suficientes y correctamente aplicados, sin fugas de corrupción administrativa, se requiere la acción conjunta de las sociedades, y no sólo de los gobiernos.

La educación debe ser un proyecto de Estado, de sociedad, y no sólo de gobierno. Que en su diseño, implementación, financiamiento, evaluación entren todos los actores sociales implicados que garanticen un núcleo básico de calidad dentro de la pluralidad irrenunciable de la vida moderna.

Amartya Sen destaca el ejemplo de los países del Este en privilegiar la educación como inversión económica: “Para llevar la historia más allá, Japón no fue tan sólo un buen aprendedor, sino también, un gran maestro. Los esfuerzos de desarrollo de los países del Este y del Sudeste de Asia fueron profundamente influenciados por la experiencia japonesa de expandir la educación y su evidente éxito en transformar la sociedad y la economía.”<sup>3</sup>. Pero esto habría que afirmarlo también de las competencias para el crecimiento personal y la convivencia social.

---

<sup>3</sup> A. Sen, *Cultura and Public Action*, Stanford Univ. Press, pág. 52.

Como bien público la educación tiene que ser universal, gratuita, respetuosa de los derechos de todos y todas. De calidad en equidad. Es llamativo que al plantear los objetivos del milenio para el 2015, se hable de la cobertura universal de la educación primaria y no se mencione el tema de la calidad de la educación. El gran reto para América Latina es lograr los niveles de calidad universal que le permitan dar el salto. En el mapa global de la educación, América Latina no es el continente con menos niveles de cobertura. Es más, el siglo XX representó un gran avance en la cobertura educativa. Pero en gran medida fue a costa de la calidad. La masificación de la educación nos llevó a aulas sobrepobladas, maestros mal formados y peor retribuidos, limitaciones en la infraestructura y el equipamiento, graves deficiencias en la gestión escolar, debilitamiento de la relación de la escuela con la familia, la comunidad local y la sociedad.

Nuestras sociedades tienen que recuperar la educación como prioridad nacional involucrando a todas las fuerzas sociales en un esfuerzo común concertado.

En el derecho a la educación, como en muchos otros, hemos descubierto que no es sólo un derecho individual, sino que es derecho social, de los sujetos o grupos sociales. No sólo tenemos derecho a la educación, sino también a vivir en un mundo educado. Un mundo donde se respeten las leyes y valores; donde se sepan hacer las cosas; donde se actúe con competencia y eficiencia. El mundo moderno es el de los derechos y deberes. La entrada en la modernidad conlleva incorporar la lógica de los derechos.

Pero la sociedad también es la responsable de la educación. El deber de educar corresponde también a la sociedad. Sólo por delegación le toca al Estado. Luego no hay que quitarle este deber al Estado, pero no sustituye ni reemplaza el deber de la sociedad.

En este tema, el caso cubano es muy orientador. Los estudiantes cubanos tienen, en Latinoamérica, los mejores resultados en la evaluación del aprovechamiento escolar<sup>4</sup>. Eso destruye el mito de que la educación pública es siempre mala. Como demuestra también el caso de Finlandia, con uno de los mejores promedios de educación del mundo, gracias a la calidad de la enseñanza pública, con frecuencia mejor que la privada.

Estos mismos ejemplos, aunque muestran resultados académicos óptimos, no necesariamente representan calidad total en la educación. La sociedad como conjunto no sólo tiene el derecho a educarse y a vivir en un mundo educado, sino que también tiene el deber de colaborar para que ese derecho se cumpla.

---

<sup>4</sup> *Quedándonos Atrás*. PREAL, 2001. Pág. 6

Este deber es de la sociedad como conjunto. Aunque delegue en el gobierno para su ejecución. Pero el deber es primariamente de Estado, de sociedad. Así como la existencia de la escuela no exime a los padres de continuar educando a sus hijos y de velar por la educación que reciben en la escuela y colaborar con ella.

Por tanto el proyecto educativo de una sociedad debe ser fruto de su consenso. Y la implementación tiene que ser un proyecto común en el diseño, ejecución y financiamiento. La sociedad tiene el derecho y el deber de vigilar, colaborar, aportar, participar,...Y los gobiernos tienen el deber de abrir a la participación, transparentar, rendir cuentas no sólo económicas, sino también de cobertura y calidad. Porque, como advertía el consenso de Copenhague, invertir en la educación pública puede ser poco rentable. No basta invertir en educación; hay que invertir bien. Como toda inversión, la que se hace en educación debe mostrar su rentabilidad. Y para ello tenemos que tener claros los fines que perseguimos con la educación como criterios para medir su calidad.

En un mundo globalizado, como el que vivimos, al hablar de sociedad debemos hacer referencia a la sociedad internacional. Hemos ido cayendo en la cuenta que hay problemas que no son exclusivos de una sociedad, sino que son globales. Si existen en un país nos afectan a todos. Lo hemos descubierto con mucha fuerza en relación a la destrucción del medio ambiente. Pero vamos descubriendo que otros temas, como el comercio, la migración o el narcotráfico, también son globales. No podemos resolverlos aisladamente. Y la solución en un país nos afecta a todos. Tenemos que pensar la educación en términos globales. Educamos para un mundo cada vez más en relación. Cuando decimos que tenemos derecho a vivir en un mundo educado, hoy nos referimos a la sociedad global. Por eso la educación, no importa dónde, es hoy tarea de todos. A todos nos interesa porque es parte del derecho de todos. A todos nos compete, porque es parte de la responsabilidad de todos.

Tenemos que colocar la educación en los temas de discusión internacional. Llegar a consensos sobre cuál es la educación global que aspiramos y crear redes internacionales que aporten a lograr nuestros objetivos.

Hoy se discute mucho sobre lo que significa el desarrollo. Pero todos estamos de acuerdo que tiene que ver con calidad de vida y calidad de medio ambiente. Y que un factor fundamental en el mundo moderno para garantizar la calidad de vida es la educación. Una educación pública de calidad garantiza el capital humano necesario para producir desarrollo, para universalizarlo y para asegurar su sustentabilidad. En la educación conformamos el país del futuro, con las competencias y valores que queremos privilegiar.

América Latina es el continente más desigual y el que menos proporción guarda entre desarrollo y educación. Nuestros resultados en las pruebas internacionales nos colocan por

debajo de los otros continentes excepto África. Incluso nuestros mejores países tienen un pobre desempeño. Sólo Cuba logra posicionarse dignamente. Nuestro reto para el siglo XXI es la educación. Tenemos que encaminarnos hacia compromisos sociales por la educación que sean efectivos. Tienen que tener metas concretas, involucramiento de los actores sociales principales con asignaciones claras de tareas, financiamiento suficiente y plural (es decir, nacional e internacional, público y privado), vigilancia para el cumplimiento de las metas con indicadores claros y una fuerte y decidida voluntad política construida por la presión social nacional e internacional. La educación tiene que ser prioritaria en la agenda de la cooperación internacional.

Estos compromisos tienen que atender los grandes desafíos de la educación en América Latina: la equidad, la calidad, el continuo educativo, la cuestión docente, la gestión escolar y el financiamiento.

La equidad en educación consiste en construir oportunidades para todos y todas de acceso a una educación de calidad. Y para que esto sea real, son necesarias acciones positivas para abrir la educación a poblaciones en extrema pobreza, creando condiciones que garanticen la nutrición, el uniforme y los materiales necesarios; adaptación a la cultura y lenguas de las poblaciones originarias o de minorías étnicas; acceso equitativo para estudiantes con discapacidades. Para que la educación sea realmente inclusiva hay que derribar barreras. Conocí una vez un joven que me dijo que su profesión era educador. Cuando le pregunté en qué escuela trabajaba, me dijo que en ninguna. Trabajaba en la calle, con los niños y niñas rebotados de la escuela, para buscar mecanismos de reinsertarlos en procesos educativos adaptados a sus necesidades. En un censo realizado en un barrio por organizaciones comunitarias descubrieron 26 niños y niñas con discapacidades que no iban a la escuela por falta de transporte. Son puertas cerradas que requieren esfuerzo especializado para abrir al acceso a la educación.

Este compromiso por la inclusión tiene que ser a una escuela de calidad. El esfuerzo realizado en América Latina por la educación nos ha hecho lograr grandes avances en la cobertura, pero han sido a costa de la calidad. Cuando surgió Fe y Alegría en Venezuela en el año 1955, este país, ya por mucho tiempo productor de petróleo, tenía aún 25% de su población analfabeta. ¡Uno de cada cuatro! Por eso la necesidad sentida del pueblo era la educación. Desde entonces nuestras sociedades han hecho un gran esfuerzo por aumentar la cobertura. Pero muchas veces ha sido a costa de docentes mal preparados y peor pagados, de aulas hacinadas, de pobre inversión en infraestructura, equipamiento e investigación. De exigir sacrificios sobrehumanos a maestros, estudiantes y padres y madres de familia. Por eso quienes tenían recursos económicos prefirieron pagar educación privada que garantizara la calidad, o al menos la continuidad sin interrupciones. Y los que tenían poder de decisión en la sociedad se desentendieron de exigir calidad a la educación pública porque sus hijos e hijas estudiaban en educación privada.

Quedaron como víctimas de este deterioro los hijos de quienes no podían pagar una educación privada. Con el agravante que su propia falta de educación les impedía darse cuenta de la débil calidad. Lucharon por escuela para sus comunidades, pero no supieron reclamar la calidad de la misma.

Nosotros mismos nos tenemos que plantear qué calidad es la que pedimos. Se trata simplemente de que mejoren los resultados de nuestros niños y niñas en las pruebas de matemáticas y lecto-escritura o se trata de revisar los procesos en enseñanza aprendizaje en un mundo que han definido como la sociedad del conocimiento, donde el poder se basa en el saber. Si en este mundo globalizado aspiramos a un poder compartido, inclusivo, verdaderamente democrático, no sólo debemos garantizar elecciones cada cuatro años, sino también adecuada información a toda la población, acceso a las nuevas tecnologías y a la cultura de participación en la construcción del conocimiento que ellas crean, construcción de una gestión escolar participada donde docentes, padres y madres de familia, estudiantes y sus comunidades puedan participar democráticamente y aprender en la práctica la construcción colectiva de la democracia.

La educación es el camino para construir la sociedad del futuro. En ella despertamos las cualidades que queremos marquen la sociedad. Pensar en calidad educativa es soñar con qué sociedad queremos. Por eso es tan importante que la educación involucre a toda la sociedad. Para construir no sólo los conocimientos que queremos funcionales, para qué producción, con qué participación y distribución de la riqueza, sino también con que valores, con qué calidad de personas, con qué tipo de estructura social que organice nuestras relaciones. En la educación forjamos también la identidad del ciudadano y ciudadana, sus hábitos de comportamiento y su capacidad de soñar. Por eso en la calidad de la educación nos jugamos tanto de nuestro futuro.

Después del acceso universal, la calidad es nuestro segundo reto.

Pero una educación de calidad tiene que enfrentar uno de los grandes problemas de nuestra educación: la deserción temprana, muchas veces causada por la falta de atención a las dificultades de acceso o por la baja calidad. Las metas del milenio nos proponían soñar con al menos educación universal hasta cuarto curso. Nos parece que para nosotros en América Latina esa meta se queda corta. Para una integración efectiva y productiva en la sociedad contemporánea hace falta completar la educación inicial, básica y media, haciendo especial énfasis en la educación para el trabajo, en el desarrollo de las capacidades técnicas y el aprendizaje de las nuevas tecnologías, sobre todo las relacionadas con la información y la comunicación, indispensables en este mundo globalizado.



Pero aún esto es insuficiente. Necesitamos pensar, como nos propone Rosa María Torres<sup>5</sup>, una educación a lo largo y ancho de la vida. Antes pensábamos la educación limitada a un período de tiempo de nuestra vida y a un espacio delimitado: las cuatro paredes de la escuela.

Hoy el cambio en el mundo va tan rápido que quien no vive un proceso de educación permanente, pierde el tren. Hay que estar renovándose constantemente, aprendiendo nuevas tecnologías, innovando nuestra manera de hacer las cosas para seguir el ritmo a la historia. Dice por eso un futurólogo israelí que la profesión del futuro es la educación. Lo más importante será que nos enseñen a mantenernos al día, a seguirle el ritmo a los descubrimientos e innovaciones que cada día se producen. Eso requiere que la educación se dé en muchos espacios. Los medios de comunicación y las nuevas tecnologías de la información se han ocupado de desplazar la escuela para muchas funciones educativas. Es necesario que la sociedad retome la direccionalidad que quiere darle a esta educación permanente y que garantice que a ella tengan acceso todos y todas, sin exclusiones que perpetúen la subordinación de unos grupos a otros.

Indudablemente, en este proceso uno de los protagonistas claves es el docente. Hombres y mujeres dedicados a la educación han visto durante el siglo XX disminuir el prestigio social de su profesión a pesar de su importancia para la conformación del conjunto social. Y junto a ello han visto deteriorarse su nivel de ingresos produciendo una creciente desmotivación en su tarea. Además contemplan como su labor se dificulta por una cultura urbana más compleja, cargada de violencia y exclusión, por el deterioro físico de los locales escolares, por la falta de equipamiento adecuado que incentive al aprendizaje y por la pobre oferta de formación y actualización para el cuerpo docente.

Muchas veces esto ha producido un desencanto de su labor, una rutinización de sus tareas y una necesaria concentración en luchas reivindicativas que muchas veces ponen en entredicho la calidad de su labor profesional. Es necesario recuperar la dignidad de la profesión de educador, reavivar el entusiasmo por un servicio vital para la sociedad devolviéndole su prestigio social y su capacidad de construcción de una sociedad mejor. Que la maestra y el maestro se sientan centro de procesos sociales que gravitan sobre su tarea.

Para ello es importante romper con una especie de nueva privatización de la educación pública que la ha convertido en propiedad de un determinado grupo o partido de la cual se lucra económica o políticamente. Y el maestro y la maestra se ven constreñidos a servir, no al país y las clases populares, beneficiarias principales de la educación pública, sino a los

---

<sup>5</sup> 12 Tesis para el Cambio Educativo, Fe y Alegría, Madrid, 2004.

intereses de determinado grupo o partido, que son los que determinan sus posibilidades de éxito profesional.

En ese sentido tenemos que rescatar el valor de la educación pública como educación de la sociedad, de esa sociedad compleja y a veces contradictoria, pero que tiene que construir su futuro desde la perspectiva de la inclusión y no de la exclusión. Quien tiene derecho a ser educada y a vivir en un mundo educado es la sociedad. Y quien tiene el deber de garantizar una educación de calidad para todos y todas es la sociedad, de la que los gobiernos, son servidores, administradores de los bienes públicos.

La sociedad debe ejercer cada vez con más fuerza su derecho a participar en la construcción de la educación que se merece.

Por eso otro de los retos de la educación es la gestión escolar que debe ser cada vez más participada, escuela de la sociedad que queremos construir. Docentes, estudiantes, padres y madres de familia, comunidades, tienen que estar cada vez más presentes en la gestión de los procesos educativos de manera ordenada y organizada de forma que garanticen los fines de la educación.

Y finalmente el Estado tiene que comprometerse con esta transformación de la educación con una inversión adecuada, que no debía ser menos del 6% del PIB. Los países más exitosos han llegado a un 10% de su PIB. Y tiene que ser una inversión libre de corrupción administrativa, descentralizada y orientada con criterios adecuados. No basta mucho dinero, sino bien invertido y repartido, con visión de equidad y estrategia de futuro.

Es evidente que este reto supera las capacidades de cualquier actor individual. Tiene que ser asumido por el conjunto de la sociedad. Por un pacto o compromiso social en el que cada actor asuma su tarea y responsabilidad y se establezcan controles para asegurar que todos cumplan. Decía un funcionario del Banco Interamericano de Desarrollo: “Las grandes sociedades del mundo se han podido construir en base a involucrar a su sociedad civil”. La sociedad civil no tiene que competir con el Estado, sino simplemente trabajar en conjunto, auxiliar al Estado. “Las instituciones del siglo 21 no van a poder vivir si no es acompañadas de la sociedad civil”.

El reto que tenemos por delante es construir esta colaboración con la participación de todos, sin exclusiones ni intentos de protagonismo. Es el primer aprendizaje que tenemos que realizar.